

# LA ULTIMA

Por ALFONSO FERNANDEZ MALO

La tarde es cálida en el barrio. Huele todo a semilla podrida. La Merchy tiene un niño de pecho. La Merchy, el niño y su marido viven tres casas más arriba de la taberna. El marido es un haragán que juega a las cartas como un taur. Es un hombre de manos largas, delgadas, los dedos acabándose muy planos, casi sin hueso. El rostro muy pequeño, pomuloso. Los párpados muy ágiles a caballo de los ojos abultados. El pelo endrino y ensortijado en el cogote. Cuando termina de comer echa a andar calle arriba y se llega hasta la parte de atrás de la iglesia. Allí está el Paco y el Zufre, los dos fumando, los dos muy jóvenes. El marido de la Merchy se acomoda en la parte ancha de la sombra que da la cornisa.

—¿Y el cartulaje?

El Zufre, amarillo como siempre, responde sacando las cartas y haciendo el acordón de una mano a otra.

Alguien se acerca, silbando.

—Es el Tono —dice el Paco.

El Tono llega, abierta la camisa hasta la cintura, luciendo un vello inexistente en el pecho.

—Eh, Pelos, a ver si vienes más temprano —le dice el Zufre.

—Voy a venir desde mañana a las ocho y así le ayudo al sacristán a ponerla la bata, ¡pampinas!

—¿Quién tiene que venir más?

—El Matildino.

—No decirle Matildino —dice el marido de la Merchy.

—¿Pues no se llama su vieja la Matilde?

—Que un día te va a dar maturranga, que te lo estoy diciendo.

—Dile lo que los demás: Diego Valor, que es lo que le gusta.

—Yo le digo Matildino.

—Hasta que te tire un viaje y te achante.

Cuando el hijo de Matilde se une al grupo todos cambian de conversación.

—¿Qué...? —dice el Zufre.

—¡Ea!

Los cinco echan a andar.

El monaguillo está en la puerta de la iglesia, recostado en el quicio. Mira distraído cómo se persiguen los gorriones por el árbol, huecas las alas, el pico buscando al que huye. Está tan entretenido que casi tiene la boca abierta. Le cuelga un regato de saliva hasta el pecho. El Zufre se pega a la pared y avanza de costado. Cuando llega junto al monaguillo le da un tirón de la sotana y le grita al oído:

—¡Panoli!

El grito le coge de improviso y al monaguillo se le estanca la sonrisa en la boca. Dice algo ininteligible, ya repuesto, se agachó los labios, fija la pupila. Por fin desaparece dentro de la iglesia porque el sacristán lo llama.

Enfilan la calle hasta las afueras. El marido de la Merchy dice:

—¿Sin chusma, eh?

—¿Qué chusma?

—En el chollo lo que queráis.

—Con la Merchy te has arrugao.

Coge al Zufre por el pecho y le silbea:

—De la Merchy, ni media. La Merchy es sagrá, ¿entersa?

El Zufre dice que sí, que la Merchy es sagrá, pero que no hay que ponerse así;

que lo que hay que saber es si se es amigo, y que si se es amigo, la cosa no tiene tanta importancia como se le da; que él no quiso ofender y que lo jura por su madre, si es preciso; pero que coger por el pecho no se lo consiente ni a su padre, cuando más a otro que ni siquiera es de la familia, y que por una vez que pase, pero que a la segunda lo tienen que atar porque se lia a mamporros y no deja ttere con cabeza.

El marido de la Merchy contesta que la familia es la familia y que ellos aparte, y que entre ellos lo que se quiera, y que él es el primero que aguanta lo que haya que aguantar, pero que sin pasar de ahí la cosa; así que entendiéndolo bien se ahorran los disgustos y las tonterías, y que como están a la puerta de su casa, que lo esperen que va a ver si apaña algunos dineros.

Los demás dicen que sí, que están de acuerdo, que no se tarde y que allí lo esperen en la misma puerta.

El marido descorre la cortina y entra marrajo, remolón.

—Merchy, dame...

—¡No!

Da varias vueltas con la cabeza gacha.

—Me cuesta a mí muchos sudores ganarlo.

Se va hasta la cocina y cambia la colocación de los frascos. Ahora el de la sal está el primero y el del pimentón molido el último.

La voz llega por la ventana:

—¡No tarda ná ése!

Es uno de la junta el que habla.

—¡La Merchy es más agarrá que una lapa!

—Menos da una piedra.

Son los comentarios del Paco y del Tono.

—Genjuza —dice la mujer.

—Calla, que escupes veneno cuando abres la boca.

El marido coge a la Merchy por el cuello, suavemente, implorando:

—Un duro, un duro na más...

La mujer niega con la cabeza.

—En mi vida te pido más.

Crispa las manos alrededor del cuello. Oye reír fuera. Siente la embestida de la sangre.

—¡Dame!

La Merchy no suelta al niño.

—¡Dame o te juro...!

Está tan sofocada que no puede hablar.

—Suelta —y la palabra es un graznido.

Sale con el pequeñuelo y regresa con un duro en la mano. Se lo da y le dice:

—Eres un canalla.

Pero el marido de la Merchy está ya en la calle, ensanchando el pecho, diciéndose: «No es mala mujer después de to... Si supiera dónde esconde los dineros».

El hijo del tabernero está en la puerta. Al pasar le dicen:

—Ahora te subes el botellón de mollate.

—¿Y la tela?

—¡Toma la tela! —y el Zufre le da con el billete de cinco pesetas en la cara. Y agrega:

—¡Que siempre se te ha pagao, cornudo!

Y siguen avanzando.

Marchan por la última calle de la ciudad. En un montón de escombros escarban una collera de gallinas. El ma-

cho galles en un montón próximo. El sol de media tarde le espeja en la pluma pintavaria del cuello. El gallo los mira, ágil la pisada, retador el pico.

—Con tomate —dice el Tono.

—Con salsa —comenta el Paco.

—Con papas —argulle el hijo de la Matilde.

—Me parece que te vas a comer las papas solas, porque en cuanto lo apalpes te ha metido el «Babax» en la trena.

Y agrega el Zufre:

—Pollo que eres de mi vecino, quitate de mi camino.

Y le tira la china a ras de tierra y el animal salta, acrobata un instante, para quedarse castañeteando el pico.

—Mirad quien viene —dice el Zufre.

El hombre camina lento. Aceitoso el cabello y las orejas profundas. Trae bajo el brazo un mapa descolorido: una biografía de estómagos y tripas viscosas. En la mano, un maletín. En el maletín, botes con lombrices. Las lombrices que enseña al público cuando grita: «¡Vean ustedes los más terribles enemigos del hombre!». Esas lombrices que el público mira con el rostro desdibujado y con una mueca de asco. Ante ese público que le cuesta salvarse dos pesetas, que es lo que cobra el hombre por los sobrecitos matazolitarios.

Los cinco miran y el marido de la Merchy dice:

—Callarse que ése es pariente de mi mujer.

Pero cuando el hombre pasa, el Zufre dice:

—Maestro, échele usted un gusanillo a las gallinas.

Todos empiezan a reír y el marido de la Merchy no sabe cómo esconderse detrás del grupo, porque le da vergüenza de que el pariente de su mujer lo reconozca. Pero el hombre sigue y no hace comentario, ni se rie ni se enfada, porque hoy el negocio anduvo malo.

—El tío es de piedra —comenta el Tono.

Ahora empiezan a andar campo adelante, hacia el chollo. El aire está cuajado de temblores y el campo verde es una abrazadera alrededor de la hondonada, los alcanza el hijo del tabernero

con la botella de tinto pendulante en la mano.

—Trae el mollate, chivo —le dice el Zufre.

Bajan a la hondonada y se acomodan sobre las piedras de otras veces. Y como el sol caldea demasiado, se meten bajo el sombrero de retama.

—Alarga el mollate —pide el Tono, y bebe a caño de la botella.

—¿Al poker?

—Al poker.

—¿Que te la cargas tú solo!

Y el marido de la Merchy le arranca la botella de los labios al hijo de la Matilde, que escupe y se limpia la boca restregándose con la manga del camión.

Se sientan en círculo. Debajo del sombrero hay hebras de sol en el suelo, y estrellitas, y animales raros. El Zufre reparte cartas con una sola mano. Dos por cabeza. Todos van. Juegan sin comodin. «El comodín es una sangría», han dicho todos, y lo han eliminado. Tres cartas más a cada uno. Por este orden: Tono, Paco, el Matildino, el hijo del tabernero, el marido de la Merchy y el Zufre, que se las echa contando en voz alta: «Una, dos y...». La tercera se la echa ayudándose con la mano derecha porque quedan pocas cartas y como, además, la baraja es vieja, no corren bien.

—Hay que ligarse otro cartulaje —dice y calla.

Envía un duro el hijo del tabernero. Han pasado el Tono, el Paco y el Matildino.

—Voy —dice el marido de la Merchy.

—Me tiro —es la voz del Zufre.

—Y yo —dice el Tono.

—Y yo —igualmente el Paco.

—Yo también —dice el Matildino que estuvo dudándole.

Se descartan. El hijo del tabernero quiere dos. Igualmente el marido de la Merchy.

—Tú hablas.

—No, tú.

—Te toca a tí que fuiste el que envidaste.

—Sí, sí —dicen los demás.

Vuelve a mirar las cartas el hijo del tabernero. Mira de reojo al grupo. Las





# CALLE

caras del grupo no dicen nada. El Paco da una chupada honda al cigarro. El marido de la Merchy se abanica con las cartas, distraído, mitad soplando, mitad silbando, algo así como:

—Pi-pu, pi-pu, pi-pu...  
Indudablemente lleva un as. Se ve cuando se abanica.

—Envío un duro más —dice el hijo del tabernero. Y se queda muy fijo mirando al contrincante.

El marido de la Merchy dice:  
—Las vas a diñar —y pone las cartas encima del mantelete, las cinco que parecen una, y esa una es el as de antes, que ahora se ve que es el as de trébol. Y agrega:

—¿Así que envías un duro? Que sean dos, ¡farolero!

Al hijo del tabernero le tiemblan un poco las cartas en las manos. Las cartas en las manos del muchacho parecen una teja. Se rascó la nuca por la parte del cerviguillo. No sabe qué hacer. Con un tío tan chulo como el marido de la Merchy no se sabe nunca por dónde tirar. El lleva buenas cartas, pero, ¿y el otro? Qué chulo es el tío. Y además enseña un as. Recochineándose y todo. ¿Y si no va de farol? Dos duros más. Con un duro más puede arreglarlo, ¿Y si lleva cartas y le vuelve a envidar? Ahora, que quien no se moja el culo no coge peces. ¿Pero y si encima de mojarse no pesca? Está casi por jurar que va de farol.

—¿Vas o no vas? —dice el marido de la Merchy de mal genio. Y vuelve a decir, ahora de humor:

—De perder siempre hay tiempo, macho —y enseña los dientes en la sonrisa.

—Venga, chivo —dice el Zufre cambiando de postura.

—Que sean tres duros.

—Cuatro y te las enseño.

—¿Cuatro? Cuatro, cuatro, cuatro..., que sean cinco.

—¡Que sean diez! —dice el marido de la Merchy dejando escapar la sonrisa por la boca entreabierta.

Al hijo del tabernero le cae una gota de sudor por la patilla. Una gota muy gordita, como cuando le da a uno el miedo.

—Voy a los diez pesos.

—¿Qué llevas?

—Full.

—¿Full? ¿Te hacen cuatro ases? —y el marido de la Merchy, sin coger las cartas del mantelete, las va corriendo con el dedo pulgar: cuatro ases y el rey de corazones.

Todos se echan a reír y le dicen desgracia, novato, que si no veía que tenía que llevar cartas, que cómo se iba a arriesgar un tío que sabe que juega sobre seguro, que no han visto un tío más primo en todos los días de su vida y que lo primero que tiene que hacer, si quiere ganar, es entenderlas, que valiente desgracia. Y que se ha quedado sin una gordita na más por eso: por acalorarse, que hay que tener los clisés bien abiertos y la mano bien cerrá, y que por ese camino va a tener que vender la taberna y que eso es seguro como no se enmiende, y que valiente chivo está hecho, le dice, por último, el Zufre.

—Pago una botella —dice el marido de la Merchy.

Y el Zufre:

—Tráetela, chivo, y con eso apañas más dineros.

El hijo del tabernero coge la botella con los dedos haciendo pinzas. Se le nota contrariado. No dice nada. Echa a andar y sube el terraplén de la hondonada. Arriba corre un aircillo que le afloja los pulcros. Cuando siente la voz, vuelve la cabeza. Es el Zufre el que llama:

—Chivo, súbete tabaco —y desaparece en la hondonada.

El hijo del tabernero dice que sí, que subirá tabaco, pero lo dice sin palabras, moviendo la cabeza arriba y abajo. Cuando mira al frente, alguien viene por la vereda pateando las chinas sueltas. Al cruzarse pregunta el que llega:

—¿Están ahí?

—Sí.

—¿Dónde vas?

—Por mollate.

Se han ido distanciando mientras hablaban, dándose la cara pero andando a la contra.

El monaguillo llega al borde de la hondonada y echa un vistazo. Baja el pequeño terraplén a paso rápido. Los del grupo vuelven la cabeza. Siguen jugando. El monaguillo se acerca a paso lento. Tiene la cara mocha y la expresión tosea. El Matildino le dice:

—Prepara el parmé que esto está que arde.

Pero el monaguillo no contesta. Se queda de pie mirando el juego. Esperando que termine la mano.

El Paco enseña las cartas y lleva trío. El Tono enseña las cartas y lleva trío. El Zufre enseña las cartas y lleva trío. Gana el Tono: el trío de ases le gana a los demás tríos.

—Tú —dice el monaguillo.

—¿Qué quieres? —pregunta el Zufre.

—Tú te has creído que eres muy chulo, ¿no?

—¿A qué viene eso?

—Eso viene a que yo a los graciosos me los paso por donde tú sabes.

—Ten cuidado con lo que dices, sacri.

—Si tú eres tan macho, ¿por qué no me dices ahora panol?

Se han ido poniendo de pie. Miran al sacri, porque las palabras del sacri son como recortes de hojalata.

—Sacri, sacri...

—Lo que pasa es que tú te aprovechas porque uno está en su trabajo... Y te voy a saltar los ojos, porque tú lo que eres es un chulo barato... y mientras yo esté en la iglesia te vas a andar con cuidado de aquí palante... —y le da un palmotazo en el pecho.

El Zufre se revuelve haciendo amagos, pero comiéndose la rabia porque sabe que el sacri viene dispuesto a lo que sea. Sólo dice, quitando hierro y ridiculizando:

—Los tios machos no se ponen la bata ésa que tú te pones.

—Si yo me pongo la bata debajo va lo demás.

—Eso había que verlo, que de boca nos andamos bien.

Al sacri se le enturbia la mirada y da un salto hacia el Zufre, abrazándole la cabeza y buscándole la boca con el sexo.

Intentan separarlos. Es inútil. Lluven



las bofetadas. Al Matildino le cae encima el sombrero de retama. Todos tiran puñetazos y se insultan y gritan. Ruedan por el suelo como un ovillo...

En el borde de la hondonada han brotado de improviso cuatro guardias. Los guardias no se mueven. Miran la pelea. Al fin, uno grita:

—¡Alto!

La voz barrena la hondonada y cala los timpanos.

Cuando ven a los guardias intentan huir, como el toro en el corral. Son espantadas inútiles. Del hoyo mana el humo del tabaco y el polvo de la pelea. El guardia de la izquierda proyecta su sombra larga sobre los muchachos. Estos se miran.

El mandamás de los guardias dice con sorna:

—¿Qué, se puede echar una partidita?

Uno de los número baja y coge el dinero.

Suben uno a uno.

—¡Tú, no te dejes las cartas!

El hijo de la Matilde las coge.

—Ponerles las pulseras.

—¡Alto o disparo!

El marido de la Merchy salta y corre como un ciervo. Intenta alcanzar los bloques de viviendas en construcción. Y desde allí cortar a la derecha y esconderse entre el trigo alto de la cañada.

El guardia dispara. El tiro se clava en la tierra como un aguijón. Era sólo un aviso. Los demás guardias tienen las pistolas preparadas, pero sólo dispara el cabo.

El segundo tiro le destroza la mano derecha. El marido de la Merchy da un salto, cae al suelo y se revuelca dando alaridos. Un guardia le pisa el pecho, fuerte.

—¡Levántate!

La gente de la última calle se ha agrupado para verlos pasar. Es la tercera vez que los cogen. Algunas mujeres gritan a los guardias. Los insultan, los espetan. Siguen andando los detenidos. Entre la gente hay un muchacho. Es el hijo del tabernero. La botella se le escurre de la mano acorchada. La botella da vueltas por el césped en cuneta. El liquido va dejando un reguero por la hierba agostada.

(Ilustraciones de ZAMORANO)